latinidad, allá por el curso de 1867 á 68, y al principio de mi segundo año de carrera, ó sea á fines de Septiembre, ocurrió la Revolución, por efecto de la cual quedó cerrado el Seminario, y los estudiantes nos vimos en la necesidad de volvernos á nuestras respectivas casas. Dos años estuve en la mía dedicado al oficio de mis padres. Por Septiembre de 1870, abrió en Morella cátedra de Gramática latina el docto y célebre catedrático de Tortosa, D. Agustín Sebastiá; tan pronto como lo supe, le manifesté mis deseos de continuar los estudios, pero que el estado de pobreza de mis padres no lo consentía, y sin más recomendaciones me admitió gratuitamente; para mi manutención apelé, por consejo del mismo profesor, al antiguo sistema de los estudiantes pobres, é iba todos los sábados á mi pueblo, distante unas tres horas, y daba una vueltecita pidiendo limosna de puerta en puerta, diciendo: «*Al estudiant d' esta Aldea si fan caritat.*»

Al año siguiente bajé á Tortosa para el estudio de la Filosofía, sin un céntimo, ni esperanza de tenerlo para lo más indispensable de la vida; pero como la Providencia de Dios nunca falta al que es guiado por un fin recto... Fuí á manifestar mi situación á dos paisanos ya ordenados, que vivían en el 5.º piso de una casa situada en la Plaza de Santa Ana, los cuales, *á pesar de ser estudiantes*, se compadecieron de mi situación y me autorizaron para que fuese todos los días á buscar las *sobras* de sus comidas. La señora de la casa no quiso ser menos compasiva que los estudiantes y me ofreció gratis un cuartito en la bohardilla.

Muy pronto las *sobras* estudiantiles fueron reforzadas por otras que me daban unas señoras que vivían en la misma casa. Yo, entretanto, para que mis padres no padecieran por mi suerte, les escribía que estaba muy bien, que no me faltaba nada... de todo lo que tenía. Porque la verdad era que, como apenas podía probar el pan, mi buen apetito tomaba de hora en hora proporciones muy alarmantes, y ¡bien lo recuerdo! sólo quedaba saciado algunos jueves en que mi amigo Jaime Sanchez me invitaba á pasarlos en su casa del Jesús, y allí comía pan y alguna otra cosilla. ¡Benditos jueves!

De los treinta y nueve condiscípulos que comenzamos el estudio de la Gramática, al llegar al primero de Filosofía solo quedábamos cinco; tres de la ciudad y dos forasteros, y otro tanto sucedía con relación á bajas en los otros cursos, y todavía más en los de Gramática, pues el tercero sólo contaba tres alumnos. Lo que prueba cuán desastrosos fueron los efectos de la Revolución. De manera que, á no haberse fundado en tiempo oportuno el Colegio de San José, pronto el Seminario hubiese quedado en cuadro ó poco menos, pues es, desgraciadamente, un hecho innegable, que las familias ricas apenas dan hijos á la Iglesia, y los pobres, que no han cerrado todavía los oídos á la voz del Señor, que los llama, no hubieran podido corresponder á la vocación por falta de medios.

Pero el verdadero conflicto para mi apetito se presentó en el segundo curso de Filosofía. Bien puedo asegurar que fué el de las vacas flacas.

Cantaron Misa los ordenandos y me quedé sin las consabidas *sobras*. ¿Qué hacer? Bien dice el refrán que Dios aprieta, pero no ahoga. No sé á ciencia cierta por indicación de quién, aunque lo presumo, mossen Boix, antiguo Vice-Rector del Seminario, prometió darnos diariamente al que suscribe y á dos estudiantes más, un puchero de arroz y judías y medio pan de á seis cuartos á cada uno, con lo que teníamos escasamente para una sola comida. Para la noche me venía de perlas lo de las señoras, y después, hasta la una de la tarde del día siguiente, ayuno riguroso. A pesar de todo, yo estaba siempre de buen humor, y animaba con mis dichos la conversación, donde quiera que se reunían más de dos estudiantes. Hasta en la clase llegué á excitar más de una vez la hilaridad de mis tan respetables Profesores, como lo eran D. Enrique de Ossó y D. Salvador Lopez, quienes me trataron siempre con el más afectuoso cariño.

No recuerdo bien á cuál de los compañeros de armas y fatigas ocurrió que, como recreo, podíamos ensayar y representar la «Vida de San Luis Gonzaga»; y á mí me encargaron el papel de *Zuanio* ó sea el de gracioso. La *compañía* no debía portarse tal mal, cuando habiendo llegado á conocimiento del sabio catedrático de Teología y celoso director de la Congregación de San Luis, Dr. Corominas, nuestras aficiones artísticas, vino un día á la casa, y después de haber presenciado el ensayo, nos manifestó que mandaría arreglar un teatrito en el entonces deshabitado Convento del Jesús, para esparcimiento de los congregantes, y la representaríamos allí, como así lo hicimos repetidas veces con aplauso de todos. Aunque mi papel era el menos importante de la obra, era yo quien hacía reir, y esto bastó para que estudiantes y sacerdotes se fijasen en el mal forjado *Zuanio*.

Si á esto se añade mi *irregular* modo de vestir, digo, la falta de uniformidad en las prendas de mi indumentaria, pues como el sastre no me tomaba las medidas, cuando el chaleco me venía corto, sobraba ropa á la chaqueta, y si al *difunto* no le habían sobrado un par de zapatos, iba yo con alpargatas, y mis calcetines eran siempre del color de la carne, ¿qué extraño que Mossen Sol se fijase un día en mí y quisiera saber mi vida y milagros? De aquella conversación guardo gratísima memoria. De su trascendencia juzgarán mis pacientísimos lectores. Era á mediados del 2.º trimestre del curso de 1872 á 73, y al salir una tarde del Palacio Episcopal, donde teníamos los filósofos las clases, me dirigía á la casa Barjau, y en el Portal del Romeu encontré á Mossen Sol que venía en sentido opuesto: me acerqué á él para besarle la mano, y después de haberle dado esta manifestación de respeto, noté que me miraba de arriba abajo, y con aquella sonrisa bondadosa tan suya, me preguntó:—¿A dónde vas ahora?—Voy, le contesté, á comprar un cuarto de cerilla á casa Barjau, porque el catedrático nos ha señalado para mañana una lección mucho más larga que de ordinario y, si no estudio de noche, me temo que no la podré aprender.—¿Y sin la cerilla no podrías estudiar?—No, señor, porque en

la mesa en donde estudian los otros no hay sitio para todos, y otros dos y un servidor quedamos fuera, porque no podemos contribuir á pagar el gasto del petróleo.—¿Cuántos estudiantes sóis en la casa en que tú estás? —Somos ocho: cinco, ricos, á quienes la Sra. Eulalia prepara la comida, y tres, pobres, que vamos á la sopa á casa de Mossen Boix.—Y ¿qué tal os vá? ¿Tenéis bastante que comer?—Nos vá medianamente, porque con lo que nos dan en casa de Mossen Boix no tenemos apenas para la comida de mediodía; sin embargo, como dispongo para la cena de las sobras de unas señoras que viven en los pisos de abajo, podría ir tirando si tuviese bastante pan; ya nos dan á mediodía, pero es demasiado pequeño, demasiado blando y demasiado blanco, y resulta que no tenemos para empezar.— Y ¿cuánto necesitaríais para pasarlo bien?—Con un pan cada tres días tendríamos bastante, pero había de ser *moreno*.—Pues bien, con la ayuda de Dios, todo se arreglará. Mañana, á las once, vendréis los tres á mi casa.

Rebosando alegría, le beso de nuevo la mano, él deposita en la mía una limosna, que fué la primera de una serie interminable, puesto que desde aquel feliz día ya no volví á conocer lo qué es necesidad.

Al día siguiente, á la hora señalada, fuimos los tres á casa de Mossen Sol, y después de un ratito de conversación, en la que procuró informarse del género de vida que llevábamos, nos dijo que fuésemos á buscar el pan, que cada tres días nos daría el Padre Mariano García. Este señor, aunque de carácter muy serio, nos recibió con manifiestas pruebas de cariño y nos entregó el pan, *moreno*, como lo deseábamos, y que recibimos sumamente agradecidos y muy contentos.

Nuestras visitas al P. Mariano continuaron todo el curso, cada tres días rigurosamente exactos, y muy pocas veces ocurrió el que la caridad del pan no fuese acompañada de la caridad de los buenos consejos, que harto los necesitábamos, viviendo como vivíamos á nuestras anchas y más libres que los pájaros en el aire y los peces en la mar. Dios habrá premiado ya la caridad del P. Mariano y de Mossen Sol, y se lo pagará sin duda á Mossen Buenaventura Pallarés, que fueron verdaderos padres para los estudiantes pobres, y luego los fundadores del primer Colegio de San José.

Entretanto, aunque el encargado de darnos *el pan nuestro* cada tres días era el P. Mariano, no por esto nos olvidábamos de Mossen Sol, antes al contrario, íbamos de vez en cuando á su casa para darle las gracias de todo; él nos recibía y hablaba con el mayor afecto y hubo vez que nos encargó, con gran extrañeza por nuestra parte, encomendásemos á Dios la realización de un proyecto, sobre el que estaba meditando, que, de realizarse, había de ser de grande utilidad para los aspirantes al sacerdocio y, sobre todo, de mucha gloria de Dios y bien de la Iglesia, pero sin manifestarnos en qué consistía.

Terminado el curso, fuímos á hacerle la visita de despedida, y entonces ya nos dijo claramente: Hasta el Octubre, hijos míos, que entonces ya estaréis mejor.

Durante las vacaciones recibió el Sr. Cura de mi pueblo, como supongo la recibirían los demás de la Diócesis, una especie de Carta-circular, firmada por D. Manuel Domingo y Sol, en la que, en sustancia, se le decía: que se abría en Tortosa una Casa, llamada de San José, para dar albergue y la sustentación conveniente á los estudiantes pobres, y que para su sostenimiento se le suplicaba cooperase á tan importante obra con alguna limosna. Me la enseñó el Rdo. Sr. Cura, é inmediatamente dirigí á Mossen Sol mi carta solicitud, y fuí admitido.

Terminadas las vacaciones, y á medida que íbamos llegando á Tortosa, después de la oportuna presentación á Mossen Sol, y mediante un volantito de éste, que identificaba nuestra personalidad, éramos recibidos por el Superior de la Casa, con expresivas muestras de alegría y cariño de parte de los que habían llegado antes, hasta que completamos el número de veintidos, que era el de los que lo habían solicitado y sido admitidos. (1)

Y quedaba fundada la Casa de San José; era al principiar el curso de 1873 á 74.

Quede á cargo de otra pluma mejor cortada que la mía, extenderse en consideraciones sobre la exhuberancia, frondosidad y hermosura de un árbol, hoy ya tan corpulento, nacido de tan pequeña semilla, que yo para finalizar añadiré solamente que el primer llamamiento oficial á la caridad de los católicos del Obispado para el sostenimiento de la Casa de San José, que publicó el «Boletín de la Diócesis», lleva la fecha del 30 de Junio de 1874, es decir, al final del curso, que llamaríamos primer ensayo del Colegio. Entonces fué cuando los tres Rdos. Sacerdotes protectores presentaron el Reglamento al Excmo. Sr. Dr. D. Benito Vilamitjana, con la Circular que deseaban publicar, y ambos documentos fueron aprobados por el Prelado, de feliz memoria, con notabilísimas alabanzas para los iniciadores de tan excelente pensamiento. Y desde aquella fecha la Casa de San José tuvo ya carácter oficial con el nombre de Colegio de San José.

Ramón Valero,
Párroco de Arnes.

---

(1) Creo que tiene interés el dar á conocer los nombres de los primeros alumnos. Principiando de mayor á menor, son los siguientes:

Teología, 5.° año: Mateo García y Besalduch.—Pascual Llorca y Carda.
Teología, 4.° año: Miguel Gimeno y Gimeno.
Teología, 2.° año: Francisco Giner y Lázaro.
Teología, 1.er año: Jaime Folch y Segura.—Vicente Turón y Polo.
Filosofía, 3.er año: Ibo Milián y Bernad.—Ramón Valero y Carceller.—José Reverter y Domingo.
Filosofía, 2.° año: Ramón Guimerá y Guarch.—Julián Villuendas y Monserrat.
Filosofía, 1.er año: Vicente Cucala y Pascual.—Joaquín Folch y Moliné.—Joaquín Fontanet y Beser.
Latinidad, 1.er año: Francisco Altadill y Juliá.—Casimiro Castellá y Mies.—Pedro Cortiella y Descarrega.—Pedro Jamás y Enrich.—Claudio Milián y Bernad.—Carlos Nolla y Rovira.—José Peraire y Garafulla.—Lino Redó y Miralles.

EL IDEAL

Descanse, sí, descanse ya, por fin, el infatigable Apóstol, el sacerdote santo, el *homo Dei* que en innumerables, imperecederas obras supo defender los intereses de Cristo, trabajando, sin permitirse el más mínimo reposo, hasta el momento mismo en que su nobilísima alma hubo de remontar el vuelo hacia la Patria.

Pretender reproducir en pocas cuartillas todas las obras de celo á que nuestro queridísimo D. Manuel dedicó su prodigiosa actividad mientras vivió en este mundo, si no fuera tarea absolutamente imposible, sería contraproducente; quien lo intentara, correría gravísimo riesgo de desflorarlas y ajarlas, sin que pudiera recoger el suavísimo perfume que despiden todas ellas.

Secciones adoradoras, Congregaciones de San Luis, Templos de Reparación, Conventos de clausura, Patronatos para obreros, Recreatorios festivos; obras son estas, realizadas por el que lloramos, muy importantes y de gran gloria para Dios Nuestro Señor; destácase, sin embargo, sobre la serie de sus obras, una que hace que el nombre de D. Manuel Sol se pronuncie con sumo respeto y veneración dentro y fuera de España. Refiérome ¿quién lo ignora? á la Obra de los Colegios de San José para el fomento de las vocaciones eclesiásticas.

¿Quién podrá encarecer suficientemente la capital importancia y trascendencia de esa idea? ¡Formar buenos sacerdotes! Esta ha sido la ocupación más constante, el pensamiento con más calor acariciado por la Iglesia en todas las épocas de su historia. Prescindiendo de las muchas y notabilísimas instrucciones que en nuestros días han dado León XIII y Pío X, dirigidas todas ellas á la formación de un clero docto y sólidamente piadoso, baste recordar aquí los nombres de San Agustín, considerado con justicia como el preformador de los actuales Seminarios; San Isidoro y San Ignacio de Loyola; los Concilios II y IV de Toledo; las escuelas catedralicias y los internados ó bolsas de las Universidades en la Edad media, y por último, el famosísimo Decreto del Concilio de Trento sobre erección y régimen de centros donde, de una manera conveniente y adecuada, pudieran ser educados los jóvenes que, sintiéndose con vocación religiosa, ofrecieran sólida esperanza de ascender en su día al Sacerdocio.

¡Formar buenos sacerdotes! Pero formar buenos sacerdotes, fomentar y coadyuvar las vocaciones eclesiásticas es, según voz unánime de todos los que entienden la verdad y aman el bien, la obra más importante y de más positivos resultados á que puede dedicarse todo el que se afane y trabaje por el bienestar de sus semejantes; porque es evidente que sólo un clero digno y bueno, sólo un clero docto y pío puede librar á la Iglesia y á

la misma sociedad de los gravísimos peligros que por todas partes la circundan.

El buen sacerdote tiene obligación no sólo de buscar la gloria de Dios y bien de las almas en todos y cada uno de sus actos, sino de buscar esa gloria y ese bien en su mayor grado posible, atendido el estado y las gracias recibidas por cada uno. La *mayor* gloria de Dios y el *mayor* bien de las almas, ese es el fin del buen sacerdote. No es esto una exageración piadosa. *Continuador de la misión de Cristo*, no debe ignorar que Éste no solo enseñó el camino de la salvación, sino que también el de la perfección. *Predicador del Evangelio*, tenga presente que allí se hallan los preceptos y los consejos de la perfección cristiana. *Dispensador de los Sacramentos ó misterios de Dios*, no puede limitarse á los que producen la primera gracia, sino que debe también distribuir los que la perfeccionan. *Médico de las almas*, no debe contentarse con librarlas de la muerte del pecado, sino que debe trabajar por que la vida de la gracia se desarrolle en ellas cada vez más fuerte y vigorosa; y, últimamente, *Padre* de las mismas, no puede concretarse á repartirles el alimento puramente suficiente para que no mueran de hambre. Si, pues, este es el buen sacerdote, ¿cómo desconocer la trascendental misión de los que se dediquen á fomentar y coadyuvar las vocaciones eclesiásticas? ¿Quién no aplaudiría la idea realizada por nuestro insigne é inolvidable bienhechor? ¿Quién que tenga espíritu de fe no se entusiasmará ante la Obra de los Colegios de San José? Obra de tal naturaleza é importancia, yo no tengo duda alguna en afirmarlo, debe ser obra de Dios. Como tal, ha tenido ya é indudablemente continuará teniendo todas las dificultades y contratiempos que tienen las obras de Dios en este mundo; pero no importa. Quien venció las dificultades de hoy vencerá las de mañana. El que mientras vivía en este valle de lágrimas sacrificó todo lo que era y valía en favor de «su Obra», en favor de la Obra de los Colegios de San José, continuará rigiéndola y moderándola desde el cielo, donde seguramente se halla. Allí nos conduzca á todos los hijos de sus hijos, á todos los que hemos tenido y en lo sucesivo tuvieren la fortuna de ser educados en los Colegios de San José, para que podamos verle de nuevo y con él gozar por eternidad de eternidades. *Et videas filios filiorum tuorum.*

F. Ferreres,

Canónigo de Cuenca.

LA OBRA DE D. MANUEL

Lo es sin duda por antonomasia, entre las muchas de tan santo varón, la fundación de los Colegios de vocaciones eclesiásticas y dirección de los Seminarios. Y á la verdad, pocas obras hay tan conformes é identificadas con el espíritu de la Iglesia, como la buena formación de sus ministros.

En los primeros días del cristianismo elige la Iglesia á los cristianos mejor formados en el espíritu de Cristo; más adelante, los Obispos educan inmediatamente bajo sus cuidados á los que han de recibir las sagradas órdenes; crean algunos Concilios, como los de Toledo, centros de educación para los aspirantes al sacerdocio, y el Concilio de Trento, entre sus grandes reformas, manda establecer en todas las diócesis Seminarios en los que, los llamados por Dios á los divinos ministerios, se imbuyan del espíritu de Cristo y se instruyan en las ciencias, especialmente eclesiásticas. D. Manuel, con sus Operarios diocesanos, viene á completar estos desvelos de nuestra Madre la Iglesia, y forma una pléyade de celosos campeones que dedican todas sus energías á favorecer las vocaciones eclesiásticas y á formar clero digno de su vocación. Los frutos dados por su Obra, en los años que lleva de vida, prueban claramente su excelencia.

El clero secular tiene, por lo dicho, motivos especiales de agradecimiento para con el Dr. Sol, por ser objeto preferente de su celo y porque el mismo crecimiento de su Hermandad redunda directamente en bien del mismo clero.

Demos gracias á Dios por habernos dado tan santo varón é insigne bienhechor, especialmente los que hemos tenido el gusto de conocerle y de participar de la benéfica influencia de su Obra.

José M.ª de Alós y de Don, Pbro.

Profesor del Seminario de Barcelona.

DOS VISITAS A UN ÁRBOL MISTERIOSO

Arbor bona fructus bonos facit.
El árbol bueno produce buenos frutos
MATTH. VII. 17

Hay en la tierra un Jardín el más ameno, el más alegre y el más encantador de cuantos, no sólo pueden verse, sino aún imaginarse.

¡Cuánta variedad de flores, las más bellas, á la par que lozanas y fragantes lo hermosean! ¡Qué ambiente tan puro allí se respira!

Recrea la vista cuanto se vé, contempla y admira en tan tranquilo como delicioso lugar.

¡Cuántos y qué caprichosos y elegantes invernáculos por doquier se descubren! Y en ellos no sabe el que los visita, qué admirar más, si la variedad asombrosa de plantas, flores y árboles frutales de todas las zonas y de todos los trópicos, ó la lozanía con que se desarrollan y el gusto y sabor de las frutas que dan los árboles allí cultivados, cual si se desarrollaran en el mismo país de donde fueron trasportados. Todo revela la extraordinaria inteligencia y profundo conocimiento que tiene de todas y cada una de las plantas y variedad de árboles el que lo dirije.

Y no sólo dentro de los invernáculos, sino aún fuera, por más que se mire y observe, en ninguna parte se descubre ninguna mala yerba, ninguna planta nociva, ningún árbol que dé malos frutos.

Refiriéndose á ese jardín encantador, decía gráficamente un lord inglés á mediados del siglo XIX: «El Papa de Roma es un gran jardinero; mientras con mucho ingenio y destreza va escogiendo las mejores flores que dá nuestra Iglesia anglicana y las coloca en el jardín de la Iglesia católica, á nosotros nos echa lo malo y perjudicial que en su jardín encuentra, esto es: yerbas inútiles, plantas podridas y arbustos venenosos. (1)

En ese delicioso y ameno jardín se ven descollar, en diversos puntos, con mucho orden y previsión admirable distribuídos, innumerables árboles, colosales, majestuosos é imponentes, algunos de ellos, á pesar de que los lustros han pasado por centenares sobre sus elevadas y frondosas copas, extienden aún sus benéficas ramas á distancias inmensas, cargadas de riquísimos y regalados frutos, que forman la delicia de cuantos llegan á saborearlos. Cada uno de estos árboles está confiado al cuidado y vigilancia de un auxiliar especial del jardinero principal.

Entre esa multitud de árboles, con gran solicitud y esmero cuidados, en 1886 nos llamó de un modo particular la atención uno cuyo desarrollo se presentaba con tales formas y con una elegancia tan especial, que no sabemos por qué sentimos desde luego un afecto y cariño particular, preguntando con el mayor interés por la época en que se había plantado y quién estaba encargado de él, porque la limpieza del tronco, la dirección recta que llevaba, la tierra que sus raíces cubría y la lozanía que ostentaba, todo revelaba en él que lo cuidaba un gusto exquisito y un desvelo inteligente y constante.

«Hace catorce años no más, se nos dijo, que fué plantado este árbol, pues la pequeña semilla, como grano de mostaza que lo produjo, se sembró en 1872.»

Al oir esta fecha recordamos los días tristes, amargos sobre toda ponderación, por que en aquel entonces pasaba la Iglesia en España y aún todas las clases de la sociedad.

La Revolución que en 1868 había destronado á la Princesa que ocupaba el Trono de España; la Revolución que capitaneada por un desgraciado apóstata abrió la brecha de Puerta Pía, en la ciudad de Roma, en 20 de Septiembre de 1870, encerrando en el Vaticano al augusto Vicario de

(1) Decía esto el lord inglés, refiriéndose á las muchas conversiones de protestantes que, siguiendo las máximas del Pussey, de quién, con mucha gracia, decía el inmortal Pontífice de la Inmaculada: "Que era como la campana, que tocando á Misa, mientras los demás entran en la iglesia, ella se queda afuera:, así sucedía que, muchísimos de los más notables anglicanos, siguiendo el sistema de Pussey, abrazaban el catolicismo, en tanto que él permanecía en la herejía. Notándose que los católicos que se declaraban protestantes, ó eran ignorantes que sólo el interés les hacía abrazar la herejía, ó bien instruídos, pero que pronto se descubría estar dominados del orgullo satánico ó de las más viles y degradantes pasiones.

Jesucristo; la Revolución, que tuvo á España en una completa anarquía desde Septiembre de 1868 hasta principios de 1874, persiguiendo al clero, dando muerte á inofensivos y ejemplarísimos sacerdotes, encarcelando á venerables Obispos, lanzando á la calle á ejemplares comunidades religiosas, apoderándose de sus conventos y derribando templos, que eran glorias nacionales, tenía cerrados los Seminarios y declarada la libertad de cultos, fija su mirada en acabar y hacer desaparecer, si pudiese, el catolicismo de España.

¡Pobre España!

Pero el Dios de las Misericordias se compadeció de la nación que, de un modo particular, es patrimonio de su Purísima é Inmaculada Madre, y

Grupo de los primeros Superiores y alumnos del Colegio Español presididos por D. Manuel

por esto, trastornando los satánicos planes del Príncipe del Averno, para impedir que nadie pudiera ordenarse, inspiró á uno de sus más fieles y celosos Ministros, que residía y trabajaba sin descanso en favor de las almas en la mariana ciudad de Tortosa, un pensamiento con el cual, realizado bajo la especial protección del glorioso Patriarca San José, no sólo se salvarían muchas vocaciones eclesiásticas, sino aun se formarían celosos apóstoles, verdaderos misioneros que, animados del divino espíritu, predicarían por todas partes, más con el ejemplo que con la palabra, la consoladora doctrina del dulce Jesús.

Esta fué la causa de haberse planiado en 1872 en la ciudad de Tortosa

el Arbol misterioso que tanto nos llamó la atención al visitarlo por primera vez en 1886 y que después de haberlo observado y examinado detenidamente, dijimos en 1888, al ver que el modesto Colegio fundado en 1872 se había convertido en un grandioso Seminario, siempre bajo la protección del glorioso Patriarca San José, y en el que se habían recibido, casi gratuitamente, más de *trescientos jóvenes*: «Que serían un día Ministros del Santuario y pregoneros de las excelencias del Padre putativo de Jesús y de su poderoso valimiento, no sólo en Cataluña y demás pueblos de España, sino aún que gustosos pasarían las fronteras y atravesarían los mares é irían doquiera el Señor se dignara servirse de ellos, para publicar sus finezas y las gracias que quiere dispensar á los hombres por medio del gran Patriarca Patrono de la Iglesia Universal» (1).

Atendida la manera extraordinaria con que iba desarrollándose el misterioso Arbol y los copiosos y exquisitos frutos que producía, era poco un solo hombre para atender al cuidado y vigilancia que se requería. Comprendiólo bien el celoso é inteligente Auxiliar y constante Guardián del Arbol misterioso, y por esto pidió al Señor le iluminara para conocer la manera de lograr tener compañeros fidelísimos que, bien instruídos y formados por él, pudiesen en el porvenir cuidar no sólo del Arbol, sino aun de la distribución de los regalados frutos que, cada día con más abundancia, daba y prometía dar aún mayores en lo venidero. Inspiróle el Señor un pensamiento que, sujetándolo humildemente al Jardinero principal, habiendo merecido su aprobación, con gran solicitud y confianza en el divino auxilio, lo realizó.

Era esto en 1883.

Por esto se comprende bien que, cuando en 1907 tuvimos el inefable consuelo de visitar por segunda vez el misterioso Arbol, nos quedásemos sobremanera admirados y altamente sorprendidos al ver como, en el corto período de cuatro lustros, había crecido, subiendo á extraordinaria altura, multiplicando y extendiendo de una manera encantadora sus frondosas ramas llenas de vigor y lozanía, ostentando innumerables flores y frutos en abundancia que saboreaban y encomiaban sobre toda ponderación, no sólo en España é Italia, sino aun en las remotas regiones de América. Al ver tan abundante como bella y hermosa fecundidad, no pudimos menos de exclamar con el Real Profeta:

Magnus Dominus et laudabilis nimis (2).

A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris (3).

Por esto muy de corazón felicitamos, por tan sorprendente y admirable éxito, al afortunado Auxiliar que con tanto interés, constante solicitud y exquisita pericia había cuidado del hermoso, corpulento y lozano Arbol que, no sólo le honraba á él sobremanera, sino que aun contribuía de un modo muy notable á hacer apreciar más y más la belleza é importancia del ameno Jardín, el más hermoso, bello y encantador, sin disputa, que puede verse y admirarse sobre la tierra.

Realmente, es cosa admirable la manera prodigiosa con que ha crecido y desarrollado la humilde fundación que á la sombra y bajo el Patrocinio del glorioso Patriarca San José inicióse en 1872, cuando el escogido para realizarla apenas tenía trece años de sacerdocio, y que en el corto período de cinco lustros haya podido formar ministros según el Sagrado Corazón de Jesús, de tal manera y en tanto número que puedan dirigir hoy catorce Seminarios en España y uno en México; siete Colegios en España y uno en

(1) "Glorias Teresianas"—1888—Barcelona—Cap. VIII, pág. 631.
(2) Psal. CXLIV. 3.
(3) Psal. CXVII. 23.

Roma, y dos templos Expiatorios, uno en la capital de la República Mexicana y otro en la privilegiada y mariana ciudad de Tortosa.

Si se atiende á los resultados que ha dado la sabia, prudente, discreta y celosa dirección de esos sacerdotes ejemplares en los Seminarios y Colegios puestos bajo su vigilancia y cuidado son tan extraordinarios, que es preciso confesar: *Digitus Dei est hic.*

Sin hablar de los ya casi innumerables Doctores que han salido de sus Colegios, en particular del Pontificio de Roma, así en la facultad de Filosofía como en la de Derecho Canónico y en la de Sagrada Teología; los Profesores que enseñan así en los Seminarios de los Arzobispados de Toledo, Sevilla, Santiago de Galicia, Tarragona, Burgos, Granada y Valladolid, como en los de las Diócesis de Barcelona, Astorga, Vitoria, Teruel, Madrid, Oviedo, Avila, Palencia, Salamanca, Urgel, Murcia, Ciudadela, Vich, Málaga, Jaén, Solsona, Logroño, Cuenca, Guadix, Pamplona, Mallorca, León, Orihuela, Cadiz, Osma, Lugo, Segovia, Puebla de los Angeles (México), Campeche (ídem), Cuernavaca (ídem), Nicaragua (América) y de un modo particular los que, por oposición, han conseguido, después de brillantes ejercicios, sentarse con grande honor en los coros de las Iglesias Metropolitanas de Burgos, Santiago de Galicia, Tarragona y Valencia, y en los de las Iglesias Catedrales de Salamanca, Oviedo, Lugo, Jaca, Segorbe, Vich, Santa Cruz de Tenerife, Alcalá, Osma, Astorga, Jaén, Sigüenza, Logroño, Cuenca y Cadiz; si se recuerda que todos ellos fueron formados y todos dirigidos por tan celosos Operarios, en poco más de tres lustros, se verá bien claramente con qué razón, después de haber sido aprobados y bendecidos por el dignísimo Obispo de Tortosa en 1884, fueron altamente recomendados á la Santa Sede, en 1896, por los eminentísimos señores Cardenales Netto, Patriarca de Lisboa, Sancha, siendo Arzobispo de Valencia, y Casañas, estando aún en el Obispado de Urgel, y por qué el inmortal Pontífice León XIII, en 1898, cuando la piadosa Hermandad de los Operarios no contaba más que tres lustros de existencia, por medio de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares diera el importantísimo Documento Pontificio llamado *Decretum laudis*, que tanto la honró y engrandeció, y que por último nuestro sabio, apostólico y amantísimo Padre Santo Pio X, en nuestros días la haya elogiado y colmado de especiales gracias y singulares bendiciones, al ver el espíritu que anima á los ejemplares sacerdotes que la forman y la fidelidad con que corresponden á su grande, nobilísima y santa vocación.

Benedictus Deus.

Pero ¿quiénes son esos Sacerdotes, cómo se llaman esos Operarios apostólicos que tanto bien están haciendo en la Iglesia y por todas partes, los Sres. Obispos desean confiarles sus Seminarios Conciliares y que cuidan, con tan magníficos resultados, los Colegios de Vocaciones Eclesiásticas?

¿Cómo se llama el varón preclaro á quien el Señor inspiró la fundación de esa nueva Congregación que está llamada á dar á la Iglesia santa días de inmensa gloria, por medio de sacerdotes formados según el Sagrado Corazón de Jesús?

DERTHUSENSIS ANTISTES SOLEMNITER PROBAVIT SUB TITULO SODALITATIS SACERDOTUM OPERARIORUM DIOECESANORUM CORDIS JESU.

Así dijo el augusto Pontífice León XIII en su Decreto citado al encomiar á la nueva Congregación y en el mismo declaró quién era el afortunado sacerdote del cual el Señor se sirviera para fundarla en su Iglesia santa:

PIUS SACERDOS NOMINE EMMANUEL DOMINGO Y SOL.

Mataró 10 Febrero 1909.

José Recoder y Annexy, S. M.

«Messis quidem multa...»

Era la hora en que se ofrecía á Jehová el sacrificio de la tarde. Los levitas de turno inmolaban en el templo de Jerusalén el cordero típico de la Ley antigua.

Juan el Bautista sabía por espíritu profético que en este instante feliz la realidad estaba más cerca de él que la figura. Jesús avanzaba lentamente, con sencilla majestad, por las riberas del Jordán. Su serena faz, su mirada tranquila, sus labios entreabiertos, todo el continente de su divina Persona, irradiaban destellos de celeste mansedumbre. Entonces el Precursor levantó su diestra y dijo á las turbas, señalando desde lejos al Mesías. *He aquí el Cordero de Dios.*

Desde esta hora siguieron á Jesús sus dos primeros apóstoles, entre los cuales Juan, el discípulo amado, el más fiel á su divino Maestro, el confidente del «Cordero que ha sido inmolado desde el principio del mundo», el evangelista de la generación del Verbo y de los prodigios de la Sagrada Eucaristía.

* * *

La vida del Fundador de la «Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús» ha evocado en mi mente el recuerdo de esta escena evangélica.

Él también, durante su juventud, en las riberas del rio sagrado de nuestra patria, oyó una voz que le invitaba á seguir al «Cordero que quita los pecados del mundo.»

Y, en verdad, benévolos lectores del Correo: entre los apóstoles que en estos últimos años ha contado en Cataluña el clero secular, ¿cuál se pareció más al evangelista del Verbo y de la Caridad, al apóstol de la Eucaristía y del Sacerdocio eucarístico, que el Rdo. D. Manuel Domingo y Sol? Después del Venerable Padre Claret, ¿qué otro sacerdote, como aquél, penetró el sentido y procuró actuar la divina virtud de estas palabras de Jesucristo: *Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam* (Luc., x, 2). ¿Qué otra oración, qué otra acción sacerdotal han sido más eficaces que las del celoso apóstol de las Obras eucarísticas en el Levante de España y en el Sur de América, para aumentar el número de los Operarios de la Mies del Señor, de los multiplicadores del pan de la verdad y de la caridad, compendiado en el celeste Pan de la Eucaristía?

Todos los grandes hombres de acción en la Iglesia católica han tomado por lema de su apostolado alguna palabra de Jesucristo. Es el Verbo que obra en ellos.

Pues bien, me atrevo á presumir que la «idea germen», la palabra vital, el lema apostólico del desvelado fundador de la «Hermandad de Sa-

cerdotes Operarios», fué el texto del Evangelio que sirve de epígrafe á estos mal hilvanados renglones.

Sobre las ruinas de los templos profanados por la revolución, robados y saqueados por la desamortización, el apóstol tortosino oyó resonar este clamor del profeta de los Trenos: *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis.*

Y arrasados los ojos de lágrimas, el corazón palpitante de celo apostólico, hincóse de rodillas ante el altar eterno del Cordero de Dios, inmolado por los pecados de los hombres.

—Las almas—exclamó—están hambrientas, y el Pan está aquí, el Pan inagotable, el Pan vivo que ha bajado del cielo... «En verdad, la miés es abundante; mas los operarios son muy pocos.» Os ruego, pues, ¡oh Señor! que mandéis operarios á vuestro campo.

El Señor oyó la oración de su siervo é hizo fecundos los sudores de su apostolado. Y la «Hermandad de Sacerdotes Operarios» se extendió por España y la América latina, mereciendo además que se le confiara la dirección del Pontificio Colegio Español en la Ciudad Eterna.

La «Hermandad» triunfó, porque fué desde sus principios una institución que se apoyó en el núcleo ferviente de la vida y de la caridad sacerdotal, en el centro verdadero sobre el cual gravitan los esfuerzos y las obras apostólicas: el Tabernáculo eucarístico.

***

Dios hizo nacer en la hora oportuna la «Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos».

Pues antiguamente la Iglesia poseía grandes bienes y distribuía honores, porque disponía de un gran poder en todos los órdenes de la vida social; las familias nobles le entregaban sus hijos.

Hoy la Iglesia es pobre y ha menguado cada día más en la opinión pública la aureola de respeto y veneración que coronó en otros siglos la frente del sacerdote. El ministerio sacerdotal impone en nuestros días sacrificios quizá mayores que en otros tiempos. Por eso en este siglo mercantilista y egoista se alejan del altar muchas almas que oyeron quizás la vocación del Señor. Sus familias las roban al Santuario. Pues no todos los jóvenes están apercibidos para vencer en esta tremenda lucha. No pocos tienen un carácter tímido, que cede á las amenazas y obstinadas negativas de sus padres, y un gran número también, á pesar de sus buenas disposiciones morales, no pueden hacer frente á las dificultades de orden material que en nuestros días están inherentes á la carrera eclesiástica; y, sin embargo, la inmensa mayoría de los eclesiásticos son hijos del pueblo, es decir, de la clase social más desprovista de recursos.

Para subvenir á esas necesidades se han fundado en algunos países, y especialmente en aquellos donde el sacerdote es más aborrecido y perse-

guido, diferentes obras que tienen por objeto conservar, fomentar y proteger las vocaciones eclesiásticas. En Francia se ha sentido tan profundamente esta necesidad, que han debido fundarse las *Œuvres des vocations et des etudes tardives*, las Escuelas sacerdotales y apostólicas diocesanas é interdiocesanas, que son como suplementos ó extensiones de los Seminarios.

En España desde el siglo pasado empezaron también á disminuir las vocaciones, por lo cual experimentóse cada día más la urgente necesidad de una obra que tuviese por objeto el reclutamiento y la formación de las milicias eclesiásticas, y de un modo especial el fomento de las vocaciones sacerdotales en las clases más humildes de la sociedad.

Al celoso sacerdote D. Manuel Domingo y Sol cupo la gloria de haber satisfecho esta necesidad espiritual, fundando en 1893 una Hermandad, cuyo fin, según leemos en el *Decretum Laudis* de la misma, dado en Roma á 1.º de Agosto de 1898, es «ut Sodales cuncti primum quidem propriæ cuiusque sanctificationi, certis inhærendo Constitutionibus, facilius consulant, tum vero sedulo incumbant in educationem adolescentium præsertim pauperum, eorumque potissimum qui in sortem Domini videntur vocati. Scilicet præfati Sodales præter quam quod laboribus non parcunt ut tum aliis piis operibus iuventutem omnem a corruptelarum illecebris defendant ac ad pietatem excitent, illud solemne habent et maximopere curant ut adolescentibus, inopia quidem pressis, sed bona indole atque ingenio præstantibus, apta pateant Collegia in quibus nullo aut perexiguo ipsorum impendio in humanioribus litteris et ecclesiasticis disciplinis instituantur ac germano imbuantur Ecclesiæ spiritu, quo subinde digni evadant Ministri Christi et dispensatores misteriorum Dei.»

***

Para cumplir este altísimo fin, la «Hermandad» ofrece ciertamente una garantía muy sólida: la conservación é incremento del espíritu sacerdotal en los Operarios que dirigen los Colegios de vocaciones eclesiásticas.

Pues en tiempos de lucha, como los nuestros, el apostolado del sacerdote reclama tantas atenciones, que algunas veces se corre riesgo de que se trastorne el debido equilibrio entre la vida activa y la contemplativa; de que la acción social llegue á absorber en demasía la propiamente individual ó personal, fundada en el deber de asegurar antes que todo la santificación de la propia alma.

Mas en la vida apostólica de los Sacerdotes Operarios, las Constituciones de la «Hermandad» exigen y garantizan el cumplimiento de aquel primer deber de caridad y de celo.

En los Colegios de vocaciones eclesiásticas de San José se inculca continuamente la necesidad de que el sacerdote sea, antes que todo, *alter Christus*. Sólo entonces podrá predicar y trabajar con fruto verdaderamente apostólico en la mies del Señor, cuando pueda apropiarse estas palabras de su divino Modelo: «Sed santos, como yo soy santo.»

. . . . . .

Un día, de feliz recordación, el autor de estas líneas oyó resonar muy claramente estas palabras en la vida del santo sacerdote D. Manuel.

Era en 30 de Agosto de 1905, el día del último eclipse total de sol, visible en España. Aquella tarde, en que la naturaleza nos acababa de ofrecer un espectáculo digno de las sublimidades apocalípticas, el Fundador de la «Hermandad», inmóvil en su pequeña isla, en el recinto murado de su querido Colegio de Tortosa, me recordó por primera vez los últimos años del evangelista de Patmos. Como él, el apóstol de Tortosa conservaba la paz, la beatitud, la dulzura y la mansedumbre que había copiado del Cordero de Dios, en los momentos más solemnes y en las pruebas más trascendentales de la vida, y en la presencia del Sol que no se eclipsa jamás, abrazaba á todos los sacerdotes y á todos los alumnos de los Colegios josefinos, y de aquel corazón apostólico, que había sentido el peso de todos los amores y de todos los dolores de la paternidad sacerdotal, salía en aquella hora un voto ferventísimo: «Hijitos míos, *filioli mei*, amáos los unos á los otros; santificáos los unos á los otros.»

Hoy que este gran corazón ha dejado de latir, tengo tanta fe como durante su vida en que el espíritu que animó al fundador continuará animando todas las fundaciones de su apostolado. Nunca, pues, como en la presente ocasión resultaron oportunas estas palabras con que termina el *Decretum Laudis* de la Hermandad: *Pergant igitur laudati Sodales maiori in dies studio atque animi alacritate operam impendere in excolenda electissima, quæ ipsis contigit, vineæ Domini portione, rogantes etiam humiliter atque instanter Cœlestem Dominum Messis ut frequentiores et iuxta Cor Suum mittat Operarios in Messem Suam.*

José M.ª Baranera, Pbro.
Prof. del Seminario de Barcelona.

EN BUSCA DE OPERARIOS

I

Como el oso fatídico nublado
de esterminio preñado,
que, haciendo alarde de su furia ciega,
sobre la mies bramando se desata
y rompe, arrolla y mata
yerma dejando la frondosa vega;

Así también, allá por la "Gloriosa",
la hidra ponzoñosa
de la revolución, se irguió con saña,
anhelando anegar en el veneno
de su mugriento seno
las falanges católicas de España.

Trabóse ruda lid, y con destreza
Iberia la cabeza
trituró del dragón; volvió la calma,
mas ya había infiltrado el basilisco
con su letal mordisco
orgullo en la razón, hielo en el alma.

Como hediondo gusano en la postema,
allí nació el sistema
liberal, el hipócrita, el falsario
cuya mano sacrílega y aleve
á profanar se atreve
así un trono de rey como un santuario.

II

Del Ebro en las riberas entre tanto,
un sacerdote santo
postrado ante el altar está de hinojos
con la vista clavada en su tesoro,
aunque le impide el lloro
que á mares se desborda de sus ojos.

Es que invoca socorros celestiales,
remedio á tantos males;
es que desiertos ve los Seminarios,
es que ve de Jesús la viña amada,
con su sangre regada,
agostarse por falta de operarios.

De la cándida forma consagrada
intensa llamarada
desprendióse fugaz y refulgente,
que ensanchándose rauda vino luego
como nimbo de fuego
á orlar del santo la serena frente.

Permaneció un momento suspendido
y en éxtasis sumido...
después, "Señor, quien reformara al clero
al celeste calor de esa tu llama,
(enardecido exclama)
para tí conquistara el orbe entero."

Este ideal magnánimo le absorbe;
"¡Para Dios todo el orbe!"
dice, y en Él cifrando su esperanza,
del ara se despide sonriente,
de fe se arma, y valiente
á la empresa titánica se lanza.

El piélago sondea de dolores,
y amargos sinsabores
que ha de surcar para ganar la playa;
pero, ¿qué enamorado del Sagrario
delante del Calvario,
ante la enhiesta cruz tiembla ó desmaya?

III

Vedle; tiene de Pedro la apostura,
varonil contextura,
faz candorosa de bondades llena,
mirar ingénuo de inocente niño;
de paternal cariño
hay en su voz un timbre que enajena.

Bajo el cendal de la modestia santa
que tanto la abrillanta,
su virtud acendrada nos secuestra;
aunque esta joya se recata en vano,
que es como amor de hermano
que cuanto más se oculta más se muestra.

Va á los pobres y humildes convocando,
al Señor parodiando
con este silbo, todo miel y amores:
"Dejad la esteva, recoged las redes,
que el Dios de las mercedes
de almas se digna haceros pescadores.

Gozosos acudid; hoy por mi boca
nuevamente os convoca
el que cifra en vosotros sus delicias;
venid los fatigados y oprimidos,
que sois sus elegidos
y anhela prodigaros sus caricias.

Con Él podréis vivir y regalarle,
por siempre acompañarle,
arder en el volcán en que se inflama...
y hasta en su casto pecho dulcemente
vuestra cansada frente
reclinar, si le amáis como Él os ama.

Impaciente os espera en el Sagrario.
Seguidme al Seminario,
que esta cátedra al pobre no se cierra,
para que allí forjados, llevéis luego
doquier el sacro fuego
que Jesús encendió sobre la tierra."

IV

Y porque no es bastante un hombre solo
para llevar del uno al otro polo
este dulce reclamo, comunica
su abnegación y celo extraordinarios
á diestros operarios,
y en ellos se difunde y multiplica.

Vedle cruzar en alas de su celo
todo el hispano suelo,
y surgir á su paso por doquiera
planteles de agnerridos campeones
que cifran sus blasones
en sostener de Cristo la bandera.

Y salvando de España los linderos
á pueblos extranjeros
muy presto el santo la mirada tiende,
porque la llama de su pecho era
como insaciable hoguera
que cuanto más devora más se enciende.

Mas ¿quién las amarguras bosquejara
que en Roma devorara
este siervo de Dios?, ¿quién los horrores
supiera trasladar de la tormenta
con que el averno intenta
ofuscar de esa luz los resplandores?

Envidioso Luzbel de la aureola
que á la Iglesia española

ha de ceñir la institución del santo,
todas las furias del abismo exalta,
y tan fiero le asalta
que sólo recordarlo pone espanto

Semejase al intrépido marino
que el fiero torbellino
en frágil navecilla desafía,
y la muerte esquivando firme avanza
contra toda esperanza,
y olas y vientos domeñar confía;

una mano al timón, la otra elevada
y al áncora aferrada,
que no le han de arrancar vivo ni muerto
aunque envuelta en la negra barahunda
la barquilla se hunda,
hasta tocar el suspirado puerto.

Veréisle zozobrar, acaso hundirse,
pero jamás rendirse;
que al bravo la galerna no le espanta,
porque cuanto más fiera le acometa
más le acerca á la meta
y más y más al cielo le levanta.

Y es que el valiente decidido anciano,
piloto veterano
curtido de ese mar en los azares,
cuando silbó la nube arrolladora
supo torcer la prora
Al Faro salvador de los altares.

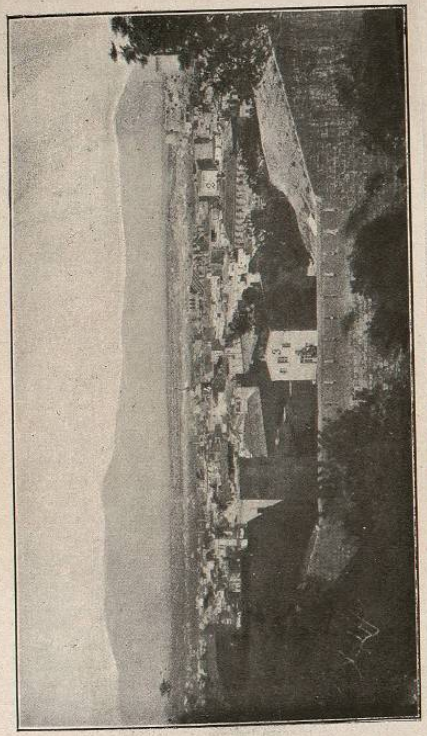
Por eso de la racha el desvarío
dando á su pecho brío
con más empuje hacia la costa vira,
pues ¿cómo ha de temer el marinero
siguiendo el derrotero
que Dios le traza cuando Dios le inspira?

Y por eso las ondas encrespadas
en su rota humilladas,
cuando el iris azul sereno brilla,
acuden estrechándose ronceras,
como domadas fieras,
para lamer la victoriosa quilla.

S. Tella,
COLEGIAL DE ROMA.

ADMIRABLE DESPRENDIMIENTO

La Hermandad de Operarios Diocesanos y los Colegios de Vocaciones Eclesiásticas, sobre todo el Colegio Español de Roma, son obras universalmente conocidas, á las cuales quedará perpétuamente vinculado el venerado nombre de su santo fundador D. Manuel Domingo y Sol. Lo que no todos conocen, lo que solamente pudieron admirar quienes le trataron más íntimamente, son ciertos rasgos delicadísimos de su admirable fisonomía moral, rasgos tanto más hermosos, cuanto más velados por su profunda humildad. Uno de estos rasgos fué aquel noble desinterés, que siempre le distinguió. D. Manuel era Fundador, y como tal naturalmente deseaba vocaciones que secundasen su Obra. Y no le faltaron. Dióle el Señor aquel aspecto venerable y apacible, aquella mirada comunicativa, penetrante, subyugadora, aquel corazón grande y bondadosísimo, aquella entereza blanda, actividad asombrosa, ánimo generoso y emprendedor; en fin, aquella santidad tan sólida como tierna; y con esas bellísimas prendas de naturaleza y gracia se conquistó muchos compañeros de sus apostólicas empresas. Pero aconteció no pocas veces que algunos, que estaban ya para asociarse á su Obra, los llamase Dios á la Religión. Doloroso había de ser el sacrificio; mas el noble desinterés es el sello de las almas grandes. D. Manuel, sin quejas, sin repugnancias, sin dilaciones, daba á Dios lo que Dios le demandaba. Y llegaba



VISTA PANORÁMICA DE TORTOSA

1 Convento de la Purísima, en donde ejerció D. Manuel su ministerio sacerdotal durante muchos años
2 Palacio de San Rufo, cuna de la Obra de los Colegios de Vocaciones Eclesiásticas 3 Actual Colegio de San José
4 Cúpula del Templo de Reparación, última fundación de D. Manuel

á tanto su generoso desprendimiento, que él mismo tomaba á su cuenta el dirigir, asegurar y llevar á feliz término estas vocaciones religiosas. Saben nuestros lectores que no hablo de oídas. Si no fuera indiscreto hablar de sí propio y revelar á las miradas curiosas de los hombres los secretos caminos por donde Dios se llega al alma y la atrae á sí y la guía á la vida religiosa, podría descubrir pormenores edificantes que pondrían de manifiesto el heróico desinterés de D. Manuel. Sólo diré que, debiéndole yo atenciones y beneficios singularísimos, cuando ya parecía que se los iba á pagar consagrándome á su Obra, entonces el Señor me llamó á la Compañía de Jesús. ¿Qué hizo D. Manuel cuando le descubrí mi pensamiento? Jamás puedo recordarlo sin profunda emoción y gratitud. Desde que vió ser vocación de Dios, no vaciló un instante en desprenderse de mí: ni aun la más ligera reflexión me hizo, no digo para disuadirme, pero ni siquiera para poner á prueba mi vocación. Y lo que es más, después de llevarme consigo á Loreto, él me acompañó de Roma á España, él me presentó y recomendó á los Superiores de la Compañía, y él, en fin, me ayudó para conseguir el beneplácito de mis padres. «Dios se lo pague á quien á mí tanto bien me hizo», puedo exclamar como el Beato P. Avila en ocasión no muy distinta. Y desde entonces hasta su muerte jamás se olvidó de su prófugo: al contrario, á medida que me veía con los años más confirmado en mi santa vocación, mayores muestras me daba de paternal amor y aun cariño. Para concluir, sólo añadiré que lo que hizo conmigo y con otros muchos, no fueron hechos aislados, sino fruto natural y expontáneo de su levantado espíritu. Y este espíritu de generoso desprendimiento lo ha dejado impreso y como encarnado en sus Constituciones, y lo que vale más, lo ha sabido infiltrar en sus hijos, dignos continuadores de su grande Obra.

¡Hermoso ejemplo de abnegación apostólica! Sólo con esa pureza y rectitud de miras seremos aptos para dilatar el reino de Cristo, que es reino de cruz, paz y caridad.

José M.ª Bovez, S. J.

MI COLEGIO

Es un árbol que me protege con su benéfica sombra, me recrea con su frondosidad, me regala con sus frutos sazonados. Un árbol, hace quince años sin plantar, hoy gigantesco. ¿Quién no admira la exuberancia, lozanía y fecundidad del Colegio Español de Roma?

Su fama es universal; traspasó las fronteras, saltó por encima de los nevados montes y midió los mares inmensos. Recorred la tierra y preguntad por el Colegio Español, y en toda la redondez del orbe sabrán

responderos, y os responderán con la admiración en los ojos y la alabanza en los labios.

***

Recorred la tierra, que yo prefiero sondear los abismos de un corazón.

En las obras admirables del espíritu humano divinizado, después de contemplar las frondosidades encantadoras del árbol, sus flores y sus frutos, exquisitos éstos y aquéllas primorosas, es necesario escudriñar las oscuras profundidades donde se encierran las humildes raíces.

El contraste es sorprendente. La fronda, las flores y los frutos buscan los esplendores del sol; las raíces, los senos tenebrosos de la tierra.

¿Dónde, pues, hallaremos las raíces de mi Colegio, de aquel árbol, hace quince años sin plantar, hoy prodigio de lozanía, de exuberancia y fecundidad?

***

¡El corazón de nuestro D. Manuel! Ya no late, ni sufre, ni suspira, ni mana sangre. Perdió su vida, para que la ganara mi Colegio, el Colegio de Roma, ornamento preclarísimo de la Patria y de la Iglesia, sol refulgente y vivificante del Clero.

La savia que nutre al Colegio Español está formada con oraciones fervorosas, suspiros tiernísimos, ayes y gemidos dolorosos, gotas de sangre del corazón de aquel hombre de espíritu tan abajado y tan levantado, que por su sencillez parecía arrastrarse por la tierra, cuando su alma volaba por las esferas diáfanas, puras, tranquilas de los cielos.

***

¿Quién puede computar lo que vale la plegaria del justo, un suspiro, un ¡ay!, una gota de sangre del corazón de un santo? Recorred la tierra y preguntad por las glorias del Colegio Español... Yo prefiero sondear un corazón, el mío, el más pobre, para buscar el producto con los factores más pequeños.

¡Oh qué maravillas (en los ámbitos de mi pequeñez), oh qué prodigios los realizados dentro del Colegio Español, por la acción unas veces directa, otras indirecta y siempre secreta y callada del varón insigne que se llevaron los ángeles después de aromatizar mi Colegio con el perfume de sus oraciones, exhalar incontables suspiros ante el Sagrario por sus colegiales de Roma y matizar nuestras almas con la sangre de su corazón, traspasado con la agudísima flecha del celo por el honor, la ciencia y la virtud del estado sacerdotal!

***

Para terminar... ayuden los ojos á la mano, y esmalten estas líneas con perlas formadas en el mar amargo de nuestro dolor y por la fuerza irresistible de la caridad desleídas en lágrimas ardientes que, rodando por nuestras mejillas, se confundan con las plegarias de nuestros labios, que brotan diciendo: *Requiescat in pace.*

Antonio García, Pbro.,
ex-colegial de Roma.

IMPRESIONES Y RECUERDOS

Me parece muy bien que plumas peritas en el arte de escribir reflejen en sentidas necrologías la tristeza que nos embarga por haber perdido á nuestro venerable D. Manuel, y que los más piadosos celebren con gozo purísimo del alma imaginárselo ciñendo sus sienes con la corona de justicia reservada á los que pelean en el mundo las batallas del Señor.

Yo voy á tomar otro camino, y tan triste como los primeros, tan consolado como los segundos; quisiera evocar recuerdos de tiempos mejores, de aquellos años de Colegio cuando, vistiendo la librea del josefino, esperábamos impacientes la visita del querido Fundador.

Era en el Colegio de Murcia, vasto edificio levantado en las afueras de la bella ciudad, rodeado de *eucaliptus* gigantes, con patio central donde pudiera formar un batallón, y con dilatado huerto de rosales y naranjos que el poeta de la casa comparaba al jardín de las Herpérides. ¡Tiempos aquellos!

Allí ví á D. Manuel por vez primera; después lo he visto otras muchas, recibiendo siempre inequívocas pruebas de sus bondades, y ahora mismo no tengo más que cerrar los ojos y mandar á la imaginación que reconstituya la escena para verlo en aquel patio en medio de sus queridos Colegiales, sus *xiquets*, como él decía, y rodeado de los más niños, que lo contemplábamos embobados como si, en vez de haber venido de Tortosa, hubiera bajado de las alturas.

Sus visitas duraban dos ó tres días; pero las impresiones que dejó en nuestras almas no ha podido borrarlas el tiempo.

¡Oh! vosotros, lectores del Correo, casi todos habréis conocido á D. Manuel, ó por lo menos oísteis hablar de aquel padre bondadoso; pero si lo hubiérais visto en aquellas veladas familiares con que lo obsequiaban sus josefinos murcianos, estoy seguro de que ahora tendríais que sonreír para disimular el llanto.

Era al venir de clase. Detrás de nosotros el Colegio con su doble fila de galerías superpuestas; delante el jardín, más allá la huerta de tonos verdes rebosante de azahar, y algo más lejos, recortando el puro azul del horizonte, las montañas, también azules, donde apenas se divisiba como un punto blanco el Santuario de la Fuensanta, la Patrona de la Ciudad, siete veces coronada.

Era una tarde de Abril ó de Mayo y ya supondréis que la huerta vestida de gala es un inmenso incensario que exhala perfume de flores.

Y os digo en verdad que todo aquello, con ser tan hermoso, no lograba distraer nuestra atención.

Estaba allí D. Manuel, nuestro padre, nuestro Fundador, y es uno de esos hombres que han pasado por el mundo para ganar la voluntad y conmover el corazón de cuantos le veían.

Será que el recuerdo se excita por modo admirable á través de los años, será que hoy lo considero en la región serena de los justos, será que mi fantasía era entonces demasiado impresionable, lo que vosotros queráis; pero dejadme que yo siga pensando en aquel hombre como en un sér extraordinario, dejadme deciros que en su frente espaciosa, en sus ojos tranquilos, había una cosa que yo no he vuelto á ver... Mas aún; cuando se presentó por vez primera, creo que ya lo conocía; si lo hubiera visto en la calle, diría ¡él es! sin temor á equivocarme. ¿Quién no ha delineado alguna vez en su imaginación el tipo de un santo? Pues así era D. Manuel Sol.

Leyéndole con el labio tembloroso medianas poesías tan faltas de mérito como sobradas de ternura, gastando él con nosotros bromas tan ingeniosas como edificantes, se pasaba volando media hora, y al acercarse la de partir, su noble frente se sombreaba de tristeza y nos pedía... nos pedía que rogáramos por él, porque Dios bendijera sus anhelos, sus nuevas ó proyectadas Fundaciones, que era preciso formar un sacerdocio en España que fuera como Legión Tebana para defender á la Iglesia con la virtud y la ciencia, que Jesús nos lo pide así desde el Sagrario... «Hijitos míos, tenéis que inflamar al mundo.»

Y es muy natural. Imitando al Divino Maestro, D. Manuel ansiaba por que el mundo ardiera en amor divino.

. . . . . .

El portero daba cinco golpes de campana para indicarnos que pronto comenzaría el estudio. Adiós, adiós, á besarle todos la mano, á recibir una estampa como recuerdo de su visita. ¡Viva D. Manuel Domingo y Sol!... y aquel grito jubiloso no llegaría sólo hasta el cielo porque encontraría en su camino los de otros centenares de hijos suyos que lo aclamaban en los muchos Colegios que ha fundado. Hoy tampoco llegarán solas nuestras oraciones.

* * *

Permitidme, para terminar este mal hilvanado artículo, un recuerdo que quiere salirse de la pluma.

La segunda vez que estuvo D. Manuel en nuestro Colegio se repitieron las manifestaciones de otros años. La comunidad fué desfilando silenciosa al salón de estudio; junto á la puerta esperaba el carruaje, y gracias al Director de entonces, á quien sigo queriendo con toda mi alma, me fué permitido acompañarle hasta el estribo, y D. Manuel, que en la intimidad no podía prescindir de haber nacido en Cataluña, dijo, poniendo su mano sobre mi cabeza: *¡qué farém, qué farém d' esta animeta!*

¡Padre querido. Hoy como entonces, y más todavía, esta alma necesita de ayuda eficaz. No te olvides, ahora que estás en el cielo, de los que tanto te queríamos cuando andabas entre nosotros!

Pedro Alcántara Hernández, Pbro.

Murcia.

INFLUENCIA SOCIAL DEL DR. SOL

Así como Dios ha creado el organismo general del cuerpo humano con gran variedad de funciones, que ejercen otros tantos pequeños organismos autónomos dentro su respectivo círculo de acción, más ó menos extenso, en que se mueven, trabajan y reproducen, según su modo de ser y á tenor de las propias necesidades vitales, en relación siempre con la vida de nuestro cuerpo, á favor del cual emplean sus energías, de la misma manera en todo orden social perfecto, como emanado del mismo Autor, y sobre todo en la Iglesia católica, sociedad la más perfecta, fundada por nuestro divino Jesús, ejercen multiplicidad de funciones organismos autónomos dentro su propia esfera de acción, para conseguir su fin próximo, que á su vez conduce al fin primario y universal de la Santa Iglesia, bajo cuya influencia viven.

Estos organismos empiezan á funcionar en la Iglesia católica, como igualmente hemos podido observar en las contínuas evoluciones sociales de todos los tiempos, á medida que lo exigen las necesidades de las personas, del lugar y de la época histórica en que viven aquéllas, porque Dios Nuestro Señor, en su siempre paternal y vigilantísima providencia, cuida de la creación de nuevos organismos á propósito para atender á dichas necesidades, y lo hace valiéndose de un instrumento apto, de un varón santo, de un predilecto suyo repleto de amor divino y de caridad para con el prójimo, á quien elige, inspira y dirige constantemente para la realización completa de la magna obra católico-social que sea necesario implantar, como tantas veces se ha repetido en la Iglesia Santa con los grandes fundadores de órdenes ó congregaciones religiosas, y últimamente lo hemos presenciado en nuestro amantísimo y nunca bastante bien llorado Padre el Dr. D. Manuel Domingo y Sol, Pbro., varón santo, alma perfecta, persona adornada de todas las virtudes, elegido por Dios para legarnos la benemérita Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, y satisfacer á una patente, perentoria y absoluta necesidad de nuestros tiempos al confiarle el fomento y la dirección de las vocaciones eclesiásticas, puesto que la corrupción dominante de la sociedad actual disminuye cada día el número de los que secundan el llamamiento divino y opone mayores obstáculos á la perseverancia en el mismo. La Hermandad fundada por el Dr. D. Manuel Domingo y Sol perfectísimamente responde y atiende á dicha necesidad y á su fin, imbuyendo á los jóvenes verdaderamente llamados al servicio del santuario del legítimo espíritu sacerdotal, saturándoles de aquella atmósfera de obediencia, devoción y piedad necesaria á todo varón apostólico, que les aisla de la demoledora corriente de embrutecimiento é independencia que todo lo envenena y mata; consiguiendo así que aquellos sacerdotes formados en este espíritu vivificador sean idóneos y potentes para llevar á feliz término la gran misión apostólico-

social que Dios les tiene encomendada siempre, pero sobre todo en el actual y crítico momento histórico en que se debate en todos los campos el aterrador problema social, que ha de resolverse necesariamente en manos del sacerdocio de Cristo, el único que de verdad ha exclamado: «*Misereor super turbam.*»

José Boada, Pbro.
Profesor del Seminario de Barcelona.

NUESTRO D. MANUEL

No me canso de contemplar su retrato, estampado en el recordatorio de su muerte.

¡Es nuestro D. Manuel! con su cara angelical, constantemente bañada por la alegría, reflejo de una conciencia pura; movida siempre por aquella sonrisa tan placentera; iluminada por el relampaguear de aquella mirada suave y modesta, como de un niño, pero que penetraba hasta los recónditos senos de los corazones.

¡Es *nuestro D. Manuel!* como le llamaba todo el mundo, sin duda porque él fué para todos cuantos conoció, todo, sin exceptuarme á mí. *Mi D. Antonio; mi operaria; mis operaritas...* nunca trató de otro modo menos tierno y afectuoso á esta familia que tanto le quiso.

Deseo pagar á nuestro D. Manuel el cariño que me tuvo, y, aunque en mala moneda, allá va mi modesto óbolo.

Muchas cosas podría decir de aquel varón santo, pero acaso repetiría lo que otros han dicho en su elogio, considerándole en los varios trances de su fecunda vida.

Volviendo otra vez la vista á su retrato, sólo diré esto: que es lástima que no nos haya quedado ninguna fotografía ó imagen suya tomada en aquellos momentos en que se hablaba delante de él de ofensas inferidas á Dios Nuestro Señor ó á las personas ó cosas sagradas.

¡Qué mudanza en aquel rostro! Nube de melancólica tristeza le empañaba instantáneamente. La sonrisa se helaba en sus labios. Sus ojos se cerraban, como quien sufre un dolor intenso, y así permanecían hasta el descorrer de sus párpados, que en alguna ocasión daban paso á las lágrimas...

Aquel recogimiento, aquella mudanza, aquella transfiguración del rostro por el dolor, duraban instantes; pero yo los sorprendía admirado, adivinando que el golpe dirigido contra Dios repercutía siempre en el corazón de su siervo.

Entonces veía yo surgir otro *nuestro D. Manuel*, que no era el D. Manuel angelical, plácido, tranquilo, niño, de todos los días; sino el D. Manuel mártir, paciente, víctima; el D. Manuel con la nota que me llamó más la

atención en vida, y que es la flor que yo quiero colocar en su sepulcro y la virtud que creo le habrá sido premiada en el cielo: aparecía nuestro D. Manuel *reparador*.

Sí. De aquellas crisis, de aquellas pruebas, de aquellos pequeños é incruentos martirios, brotaba con mucha frecuencia la *obra reparadora* del ultraje inferido á Dios ó del daño experimentado por el prójimo. Que nuestro D. Manuel no era un católico plañidero y adolorido infecundo, sino lo que era: un *sacerdote reparador*.

Cuando leo en estos días la lista abundante de tantas obras por nuestro D. Manuel fundadas, que verídicos cronistas colocan á manera de epitafio sobre su tumba, no puedo dominar la comezón que me devora de apellidar al que fué mi amigo, ahora que le dedico este pobre recuerdo: *el Reparador*.

Y si algún día la Iglesia encontrase méritos y virtudes heróicas en nuestro D. Manuel bastantes para proponerle al sacerdocio y al pueblo cristiano como modelo que imitar, yo, por devoción, le daría el siguiente nombre:

San Manuel el Reparador.

Antonio Sánchez y Santillana,
Presidente general de la Adoración Nocturna Española.

SANTOS ANHELOS

Le conocí. Durante su corta permanencia en la Ciudad de los Papas el año 1907 tuve la dicha de verle, de hablar con él, de oir su autorizada palabra: pocos minutos bastaron para que aquel corazón totalmente reparador dejara escapar por el cráter de sus labios rojas llamaradas, signo evidente del fuego que allá dentro consumiera sus entrañas.

¿Creéis tal vez que los Templos de Reparación de Tortosa y de Méjico sean las únicas manifestaciones del corazón reparador de D. Manuel? Os engañaríais. El celoso Fundador de los Sacerdotes Operarios del Sagrado Corazón de Jesús tenía más grandes aspiraciones: sus ansias de desagraviar al Prisionero del Sagrario eran ya muy voraces para poder ser contenidas por los muros de dos templos, grandiosos y esbeltos, es verdad; pero incapaces de retener tanto fuego.

El Dr. Sol revolvía en su mente todo un plan de gigantescas empresas eucarísticas: soñaba quizá con hacer de España entera un Templo de Reparación, cuyas principales capillas surgieran esbeltas y atrevidas en las capitales de todas las Diócesis españolas.

No exagero ni adivino: no hago sino trasladar al papel las ideas que brotaron en mi alma al oir una frase que saliendo encendida por sus vene

randos labios, pasó por mis oidos hasta quedar profundamente grabada en mi alma de aspirante al sacerdocio.

Ignoro lo que dijera nuestro querido D. Manuel á los demás alumnos del Español, cuando distribuidos por diócesis, íbamos desfilando por la habitación que ocupaba en el Colegio: á nosotros, los pacenses, nos dirigió estas palabras: Es necesario que en Badajoz se levante un Templo de Reparación.

Por eso hoy, al querer dedicar un recuerdo, aunque mezquino, á su memoria, me ha parecido lo más oportuno dar á la publicidad esta frase; por si ella unida á los muchos rasgos, que de su vida santa y escondida se vayan conociendo, puede servir para entretejer la guirnalda de gloria con que venimos los hombres obligados á ceñir las sienes de aquellos que con sus sacrificios supieron conquistarse el sobrenombre de héroes.

Juan José Fernandez, Pbro.
Profesor del Seminario de Badajoz.

DIVINA ATRACCIÓN

Se enamoró del Sol de lo infinito
Que ha escogido por cielo nuestro Altar,
Se enamoró... y miróle de hito á hito
Como á Cristo Jesús, su Amor bendito,
Las águilas de Dios saben mirar.

Por esto fué tan rica en luz su mente,
Tan fecundo en amor su corazón;
Que amor y luz bebió en su propia fuente,
Y mientras fué ella nimbo de su frente,
En su alma ejerció aquél santa atracción.

Su espiritual, sin par fisonomía
Es la del santo que hay que retratar
A los piés de Jesús-Eucaristía
Irradiando la paz y la alegría,
Soñando cómo darse y reparar.

¡Reparación!; hé aquí el terviente anhelo
Que un templo de la nada hizo surgir
Donde aquel corazón halló su cielo;
Flor exquisita del jardín del cielo
Que en su Hermandad por siempre ha de vivir.

. . . . . .

No busqueis ya el lucero enamorado
Que fué de Jesús-Hostia siempre en pos:
Se acercó tanto al Sol Sacramentado,
Que en amores divinos abrasado,
Fundió su corazón en el de Dios.

Una hija de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Jesús de Tortosa 11 Febrero de 1909.

¡Cuánto bien nos hacían sus visitas!

Este número del Correo, escrito más con lágrimas que con tinta, unirá como nunca, con el imán poderosísimo del dolor, los corazones de todos los que hemos tenido la dicha de formar nuestras almas para la virtud en los Colegios de San José, obra de las más fecundas que inspiró la caridad al venerable Fundador cuya pérdida lloramos.

Y como último tributo de gratitud y de cariño al que en la tierra fué nuestro padre y será en el cielo nuestro mediador, justo es que sus hijos evoquemos algún recuerdo de su vida, que, á manera de sagrada reliquia, guarde en el corazón como bálsamo que mitigue nuestra pena y acicate que nos estimule á la virtud.

* * *

Recuerdo sus visitas á mi Colegio cuando aun llevaba yo con noble orgullo la blusa del josefino.

Al anuncio de que iba á llegar D. Manuel, esparcíase por la casa un ambiente de plácida alegría mientras en nuestro pecho se alzaba una voz misteriosa de reproche, algo así como un secreto y saludable remordimiento por nuestras ligerezas y travesuras estudiantiles, como si presintiéramos que no habían de escapar á la penetrante y dulcísima mirada de aquel santo. Y al eco de esa voz recóndita, era de ver qué reformas se operaban en el alma para no lacerar con nuestra flojedad ó descuido aquella alma saturada de tiernísimo amor á sus colegiales.

Cada visita de D. Manuel era casi tan provechosa como una semana de ejercicios.

Y luego, durante su estancia entre nosotros, ¡qué consuelo escuchar su palabra inspirada y tan llena de suavidad!; ¡con qué delicadeza se insinuaba en nuestro corazón apuntando sus correcciones é infiltrándole sus enseñanzas!

Los que en estas visitas tuvimos la dicha de hablar con él, siquiera una vez á solas, todos recibimos algún consejo paternal, estereotipado en una frase tan bien prendida en el alma, que jamás lo olvidaremos.

Luego, á la despedida, que era muchas veces con lágrimas en los ojos, y siempre con llanto en el corazón, dejaba, con el olor de sus virtudes, que no se evaporaba en largo espacio, un sedimento de tristeza en nuestras almas; pero de esa tristeza que no abate, antes bien, estimula y mueve á la virtud.

* * *

¡Ya marchó para no volver! ¡Ya no escucharemos más sus palabras llenas de unción y de dulzura! ¡Ya no volverá á edificarnos con su ejemplo!

Pero siempre tendremos para nuestro consuelo en la tierra, el recuerdo de las virtudes del héroe, y en el cielo, la poderosa intercesión del santo.

P. Salcedo, Pbro.

Murcia.

III

ÍNTIMO

Autógrafo de su Emma. el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Su Santidad.

Un caso notable de bradicardia.—M. Vilá.

Grandes y grandes.—L. Colom, Pbro.

Amores eucarísticos.—J. B. Villar, Pbro.

Mis sospechas.—M. Juan Marco, Pbro.

¡Siempre ocupado!—C. Escribano, Pbro.

Ante el Sagrario (Poesía). — E. Camarasa, presbítero.

Recuerdo.—J. Hernández, Pbro.

Camino de Roma.—A. Ximenes, Pbro.

Un consejo.—L. Eijo, Lectoral.

Jamás las olvidaré.—J. de la Calle, Pbro.

Seguro consejero.—Rosalía del Niño Jesús.

El amigo de los pobres.—S. Rey, Pbro.

GRABADOS

Último retrato de D. Manuel, estando de paseo.

Biblioteca del Colegio, despacho y á la vez sala de visitas donde recibía D. Manuel á los de más confianza.

D. Manuel sorprendido en la galería, estando de recreo con los demás Operarios.

Capilla particular del Colegio de Tortosa donde celebraba el santo sacrificio de la Misa.

Ultimo retrato de D. Manuel, estando de paseo

SEGRETERIA DI STATO
DI SUA SANTITÀ

Fiel imitador de S. José, Don Manuel atraía á todos por la dulzura paternal de su trato; nos edificaba por su piedad sin afectacion y por su celo sacerdotal: parecia llevar al Niño Jesus en sus brazos tan evidente era que lo llevaba en su corazon.

22. de Febrero 1909

R. Card. Merry del Val

UN CASO NOTABLE DE BRADICARDIA

Tortosa entera llora la pérdida de un varón ilustre, y los católicos la de un apóstol.

No hay nadie en esta ciudad que no conozca el nombre de Mossen Sol, pues nuestro insigne y benemérito paisano, por la bondad de su carácter, acrisolada virtud y caridad sin límites, al par que infundía respeto, se captaba la voluntad y el cariño de todos los que con él tenían algún trato ó relación.

Cuanto hizo por Tortosa y cuanto trabajó en pro de la religión, queda ligeramente esbozado en los artículos necrológicos que se han publicado durante los pasados días en los periódicos de la localidad.

El mundo católico conoce el nombre del apóstol que supo implantar primero en la Península y más tarde en América los Colegios de Vocaciones Eclesiásticas, fundando después la Hermandad de Operarios Diocesanos: instituciones ambas creadas por D. Manuel Domingo y Sol en circunstancias azarosas y momentos críticos. Pero tales obras, que únicamente podían ser concebidas por un espíritu privilegiado y realizadas por un hombre de grandes prestigios y férrea voluntad, tuvieron su complemento con la creación del Colegio Español de Roma, plantel de sabios y escogidos ministros del Señor para propagar las verdades católicas y extender por los ámbitos del mundo las sublimes enseñanzas del Crucificado.

Pero ni sus cualidades personales ni sus colosales trabajos nos dan la clave ó explicación satisfactoria de la admiración, respeto, cariño y aun veneración que causaba el nombre de Mossen Sol en la mayoría ó casi totalidad de los tortosinos. Algo más trascendental que todo ello, y que acaso verán con regocijo nuestros hijos, explicará y aclarará á las generaciones futuras el por qué de nuestros entusiasmos por el eminente patricio y virtuosísimo sacerdote.

Un hombre como el Dr. D. Manuel Domingo y Sol, que concibe ideas de tal magnitud y las da forma y realiza en breve espacio de tiempo y con escasos recursos, dando empuje colosal á las obras y extendiéndolas y afirmando su existencia sobre sólidas bases; un hombre que allana las grandes dificultades que se le presentan y vence obstáculos que parecen insuperables, procurándose medios adecuados y necesarios para la vida, funcionamiento y progreso de tales instituciones, parece debía estar dotado de un número de energías grande é incalculable, pues empresas tan colosales sólo es dable realizarlas á seres privilegiados, con un organismo perfecto, en el que la parte física pueda suministrar el material necesario para la concepción de las obras, y para su ejecución y desarrollo una vez emprendidas; mas no ocurre esto en el Dr. D. Manuel Domingo y Sol. Su organismo no era de los más resistentes; su estado normal ó de salud no corres-

pondía, ni casi se asemejaba, al que en medicina se designa por fisiológico: era, en realidad, un individuo anómalo en concepto de la morfología y funcionalismo orgánicos.

Siendo yo todavía muy niño, recuerdo que mi padre (q. e. p. d.) se preocupaba por el más insignificante transtorno que sufría Mossen Sol. Estudiando los últimos cursos de mi carrera, fueron muchas las ocasiones en que mi buen padre me hablaba del anómalo y raro organismo de D. Manuel.

En las excursiones que el benemérito sacerdote realizó á los distintos Colegios por él fundados, cuando por cualquiera indisposición que sufría se llamaba al médico, éste, si por primera vez le asistía, no podía menos que alarmarse al observar un caso tan raro y tan poco observado en la práctica, pues la constitución del ilustre enfermo y el funcionalismo de su organismo tenían ciertas particularidades que sorprendían á todos los médicos, extrañándoles cómo de aquella manera podía vivir.

La particularidad principal de aquel organismo era, indudablemente, la bradicardia, tan rara, que son contados los casos en que se presenta un tipo igual al del Dr. Sol. Su corazón algo hipertrofiado, mas sin soplo alguno que demostrara lesión orgánica en orificios ni válvulas, latía de una manera perfectamente rítmada, pero con una frecuencia de 36 sístoles por minuto. Percibíanse perfectamente los dos ruídos del corazón: el primero algo reforzado en intensidad y separado del segundo por un corto silencio; y seguidamente del segundo ruído, se notaba el silencio mayor, de duración de más de un segundo. El pulso, no perceptible en la radial derecha, se apreciaba en la izquierda por una impulsión fuerte de muy corta duración, y separada una pulsación de otra por un largo período de calma, durante el cual era completa y absolutamente imperceptible la corriente sanguínea. Esta disminución tan considerable en el número de pulsaciones, parece natural que provocase transtornos de consideración, pero en realidad no ocurría así.

El primero de los efectos que hay que señalar, es la lentitud en la corriente sanguínea. Si se considera que cada 27 pulsaciones la sangre toda del cuerpo ha hecho un recorrido completo por el torrente circulatorio, en nuestro caso resulta que tardaría en verificarse este recorrido 44'82 segundos, siendo así que en estado normal solo tarda 23. Nunca tuvo en estado de salud más de 38 pulsaciones, y solo en días de sufrimientos morales, ó á causa de alguna enfermedad, ascendía el número á 40 ó 42. Tres años atrás padeció una erisipela en una mano, con 40 grados de fiebre, y sin embargo, no tenía más que 42 pulsaciones por minuto. Esta lentitud en la circulación trascendía de una manera poco marcada en la salud y estado general del finado. Natural y lógico es suponer que el metabolismo celular se realizara de una manera muy defectuosa y le impidiera el ejercicio de gran parte de las funciones del organismo; pero nada de esto ocurría, pues resistía un trabajo cuotidiano capaz de fatigar á cualquier individuo joven y perfectamente organizado.

Parece natural que uno de los órganos más castigados por esta lentitud en la impulsión cardiaca debía ser el cerebro, pues aparte de que en dicho caso la nutrición de la delicada y no regenerable célula cerebral es defectuosa, el referido órgano había de experimentar más dichos efectos por estar encerrado en una caja ósea y por tanto no distendible; cada sístole cardíaco debía comprimir la masa encefálica, por encontrarse ya vacía de la sangre lanzada por el anterior. Claro que parte de estos efectos debían ser compensados por la expulsión del líquido cétalo-raquideo hacia la cavidad raquidiana más dilatable, y también por la acción compensadora del cuerpo tiroides; pero llama en gran manera la atención cómo no se observaban síntomas de compresión ni de izquemia cerebrales, tanto más cuanto que en el caso de coincidir una inspiración con un diástole del corazón, el cerebro debía quedar, si no exangüe, cuando menos muy pobre de sangre.

Nótese bien que no se trataba de un individuo enclenque y enfermizo, que arrastrara una vida pobre y artificiosa, no: por sus manifestaciones exteriores, su cerebro percibía clara y distintamente las sensaciones y las graduaba; su ideación era de las privilegiadas; su memoria, envidiable; su voluntad, queda manifiesta en los actos por él realizados: las obras por él emprendidas y desarrolladas demuestran lo gigantesco de sus facultades psíquicas, que supo poner al servicio de Dios y de su amada Tortosa, consumiendo todas sus energías y gastando todo el caudal de su privilegiada inteligencia en bien de la Religión y en pro de su Patria.

¿Cómo se explica que un cerebro tan pobre, tan sujeto á los contínuos embates de congestión é izquemia y tan mal nutrido, pudiera soportar un trabajo intelectual tan grande como el que ejecutaba? ¿Cómo cabe comprender que un corazón tan vulnerable pudiera resistir los contínuos sufrimientos que le proporcionaban el desarrollo de aquellos maravillosos proyectos por él realizados? ¿Cómo un sér que tenía sus dos órganos principalísimos tan expuestos á enfermar, pudo resistir hasta la edad de 73 años, con una inteligencia clara y con una voluntad firme, como si se tratara de un hombre en plena y completa salud y de un organismo privilegiado? El por qué y la explicación de todo ello, ingénuamente confieso que no acierto á comprenderlo ni adivinarlo. ¿Eran todos sus actos y todas sus obras hijas de sus propias energías y de sus facultades? Creo que nó, pues obsérvase una gran desproporción entre su constitución así como su funcionalismo físicos y las obras por él emprendidas y realizadas. ¿Existía algo extraño á su organización que le impulsaba á plantear y ejecutar las obras por él llevadas á cabo? Así lo creo, pues si tales fenómenos no se explican racional y humanamente, no es aventurado afirmar que el malogrado D. Manuel mereció y obtuvo gracias abundantes y especialísimas del Supremo Hacedor para concebir y realizar las múltiples y sorprendentes obras ligeramente apuntadas.

Tortosa 30 Enero 1909.

Manuel Vilá,
MÉDICO.

GRANDES Y GRANDES

Hay grandes y grandes. Hay grandes que deben escribirse siempre con g pequeña, pues son grandes de mero viso, de solo oropel, de pura fantasmagoría, en una palabra, son grandes muy pequeños. Otros grandes hay que siempre debieran escribirse con g grande, pues lo son *grandes* de verdad, gigantes en la grandeza, grandes en lo grande y grandes también en lo pequeño.

Para los primeros reza aquel refrán: «nadie es gran señor para su ayuda de cámara.» La grandeza humana es simple gasa que apenas si logra encubrir un poco y disimular algún tanto la pequeñez humana. El ayuda de cámara, que trata muy de cerca á su señor, á través de las mallas de aquella gasa que deslumbra á no pocos, ve transparentarse el hombre con sus miserias, de las que no se exime ni con la régia majestad, ni con las riquezas, honores, dignidades y hermosura. Por las rendijas de lo que el mundo llama grandeza siempre se asoma la nada del hombre. El hombre grande con la grandeza del hombre, es un nada ensoberbeciéndose de la nada, es el orgullo de la ceniza, es una grandeza aérea danzando grotescamente alrededor de la muerte para contraerse luego en la estrechez del sepulcro.

Sólo Dios es grande, y de sólo Dios dimana la verdadera grandeza para el hombre. La nada del hombre amando á Dios, esto es, el corazón lleno del amor de Dios, endiosa al hombre, hace al hombre verdaderamente grande. El hombre, es lo que ama. Ama la nada, es nada; ama á Dios, y lo que era nada se agranda con la grandeza de Dios. Sólo es verdadera grandeza la grandeza del corazón, y el corazón es tan grande como el amor que le ocupa. Un corazón amando á Dios, enamorado de Dios, empapado de Dios, ¡cuán grande es!

Esta es la grandeza de los santos. Y los que son grandes de este modo, son grandes en lo grande y grandes en lo pequeño, porque el amar á Dios nunca es pequeño, en ninguna ocasión deja de ser muy grande.

Y esto, que la teoría dice que debe ser así, la realidad dice que siempre así es. A un corazón plenamente poseído del amor divino, siempre responde grandeza de acciones, y las acciones verdaderamente grandes siempre delatan un corazón enamorado de Dios. Es esta una reciprocidad que nunca admite excepción.

Cabal cumplimiento tiene esta ley en la persona de D. Manuel Domingo y Sol. Todos admiramos al hombre grande, al hombre que, sin usar de hipérbole, podemos calificar de colosal, y todos adivinamos la causa de su grandeza. Era un corazón lleno de amor de Dios, y esto basta para saber que debió ser y que fué muy grande.

¡Qué bien se retrataba su corazón cuando, con tanta frecuencia como fervor, pronunciaba aquellas palabras: «divino Jesús Sacramentado!» No